



*CAFÉ-TERTULIA LITERARIA  
SABADO, 2 DE FEBRERO DE 2019  
LUDOTECA MUNICIPAL DE VALGAÑÓN*

- **SUBRAYA LA/S FRASE/S O PÁRRAFO/S que te hayan gustado, para explicar posteriormente el porqué.**
- **El día de la Tertulia, lleva este texto contigo.**

TEXTO EXTRAÍDO DEL LIBRO: “INVIERNO”  
AUTORA: ELVIRA VALGAÑÓN  
EDITORIAL: PEPITAS DE CALABAZA  
EDICIÓN: OCTUBRE DE 2017

## COLOMA

Como de todo se hablaba, se habló también en el río del maestro nuevo. Justa, la de Toribio, que lo llevó a la casa de los maestros, contaba que traía dos maletas grandes y una niña pequeña. Como un cañamón, decía. Que llegaron por la tarde en el coche de línea, decía. Él, con la niña de la mano. La niña con un abrigo de paño gris que le quedaba algo grande. Traía la cabeza cubierta con un pañuelito de viaje. Y era pequeña como un cañamón, decía Justa. No sé, decía Justa, cinco o seis. Y se caía de sueño. Avanzaba a su lado, como a saltitos, frotándose los ojos con la mano que tenía libre, sin soltar la otra de la del maestro más que para que él saludara al alcalde, que había ido a recibirlo.

Será viudo, decían las mujeres.

— Pues no tiene mala planta - dijo Justa mirando de reojo a Lucía-, aunque un poco flojo sí parece.

— Se nota que es de ciudad - dijo alguna.

— Está muy flaco - dijo otra.

— Lo suyo habrá pasado, como todos - cerró Demetria.



— La chiquilla es un poco rara - dijo Celsa la del estanco, que golpeaba una camisa para sacarle las manchas.

— No quiere que le limpie ni que le haga la comida, dice que él se las entiende - seguía Justa-. Yo le expliqué que era costumbre que hubiera ama en la casa del maestro, y además él, un hombre solo con una niña... y él, que no. Y no hubo manera. Don Ernesto bien me celebraba los guisos, y eso que tenía a la hermana, y don Ginés, el pobre, también.

Se hizo un silencio opaco y denso, extraño entre las mujeres. En el río se hablaba de todo menos de una cosa.

—La chiquilla es un poco rara - insistió Celsa, la del estanco.

La maestra la traía cogida de la mano y así la presentó a las niñas de la escuela.

— Esta es vuestra nueva compañera. Se llama Coloma.

Ella no dijo nada.

—Es la hija del maestro - cuchicheó una niña con trenzas.

Ella tampoco dijo nada. Estaba acostumbrada a que miraran sus manos de piel casi transparente y los mechones de pelo que asomaban bajo el pañuelo, tan rubios que parecían blancos. Se puso donde la llevó la maestra, sacó sus plumines y su cuaderno y no se movió hasta que hubo que salir al recreo.

En el patio, se sentó en el banquito de piedra que había donde el árbol. Enseguida se le acercó la niña de las trenzas.

—Hola.

Ella no dijo nada.

—Dice la maestra que Coloma es nombre de santa.

Ella no dijo nada.



— Dice que es lo mismo que Paloma.

Ella no dijo nada.

— Y ¿por qué no te llamas Paloma?

Ella no dijo nada, pero se encogió un poquito de hombros.

— Pues a mí Coloma me gusta. Yo me llamo Petra. La maestra dice que me va bien el nombre, porque tengo la cabeza muy dura.

Ella no dijo nada, pero se movió un poquito, solo un poquito, para hacer sitio en el banco.

Por las mañanas le peinaba las trenzas, le ponía un pañuelito que le gustaba llevar a ella y marchaban juntos a las escuelas igual que iban juntos a todas partes. A comprar azúcar y aceite a la tienda de la Chiripa, al río, a Cerveda en bicicleta, cuando tenían que hacer recados, el maestro delante muy tieso y ella sentada en la parrilla. A los del pueblo les hacía gracia verlos.

— Buenos días, señorita Elisa.

— Buenos días, don Luis.

La señorita Elisa, tan buena, le daba los buenos días sonriendo al verlo aparecer por su clase a media mañana. Sabía que él se asomaba con la excusa de pedirle un mapa o de llevarle unos libros, pero sobre todo a echar un vistazo a la niña, en el tercer banco junto a la ventana, al lado de la chiquilla del delantalito gris, esa será Petra, se decía el maestro al volver a su clase. Y después, a la hora del recreo, la señorita Elisa se la señalaba sin decir nada para que la viera cuando se daba cuenta de que la buscaba él con los ojos sin querer decirlo, para que mirara detrás del árbol o donde los bancos, mientras le contaba que allí el invierno era muy frío o le hablaba de los libros de don José, el Cubano, de los que quedaban, y le decía que la niña leía muy bien.

A los del pueblo les hacía gracia verlos ir juntos a todas partes. El maestro tan educado siempre, con su traje oscuro, saludando a todos por su nombre. Buenos días, señora Anuncia. Buenas tardes, don Moisés. Coloma a su lado, andando a saltitos, unas veces de la mano, otras no. Juntos a todas partes. A las escuelas, al río, con la carretilla a por aceite y azúcar a la tienda de la Chiripa, a Cerveda en bicicleta, el maestro muy tieso, sujetándose con una mano el sombrero para que no le saliera



volando con el pedaleo, la niña sentada en la parrilla, agarrada a las faldas de su chaqueta. Y los domingos, cuando salían al monte. La figura alta y enjuta de él, la niña a su lado, escuchando atenta lo que le contaba. Caminaban siempre uno junto al otro. Él con un cachavo y una bolsa de pana colgada del hombro en la que llevaba

una cantimplora y pan y queso para la merienda. Ella con un cachavito de avellano que le había cortado él a la medida porque quería tener uno como el suyo cuando salían al monte. Así decía el maestro, salir al monte. Él ajustaba sus pasos a los de ella y le contaba las cosas que sabía.

- Se llama trilobites - le decía guardándole en el bolsillo una piedrita con patas dibujadas para que la pusiera en la estantería de su cuarto.
- No las toques - decía si la veía agacharse para ver mejor una fila de procesionarias -, si tocas los pelitos, escuecen los dedos.
- Era una mujer y se llamaba Aracne - explicaba al ver una araña en el tronco hueco de un árbol -, la convirtieron en araña y la condenaron a pasarse la vida tejiendo.

En verano, los días de mucho sol, le ponía un sombrero de paja y unas gafas redonditas con cristales oscuros.

Decía la niña, decía ella, decía Coloma, pero no decía mi hija.

Eso también lo contó Justa en el río. Y era verdad. Y también era verdad que a los del pueblo se les hacía raro que fuera hija suya aquella criatura tan rubia y tan hermosa, que encima no se le parecía en nada. Puede que sea sobrina, decían las mujeres, o ahijada. Ha habido muchas desgracias.

- ¿No le parece un ángel? - consultó un día Benigna a don Patricio, el cura, después de una confesión. A lo mejor si le rezo me hace el milagro.
- No diga tonterías, Benigna.